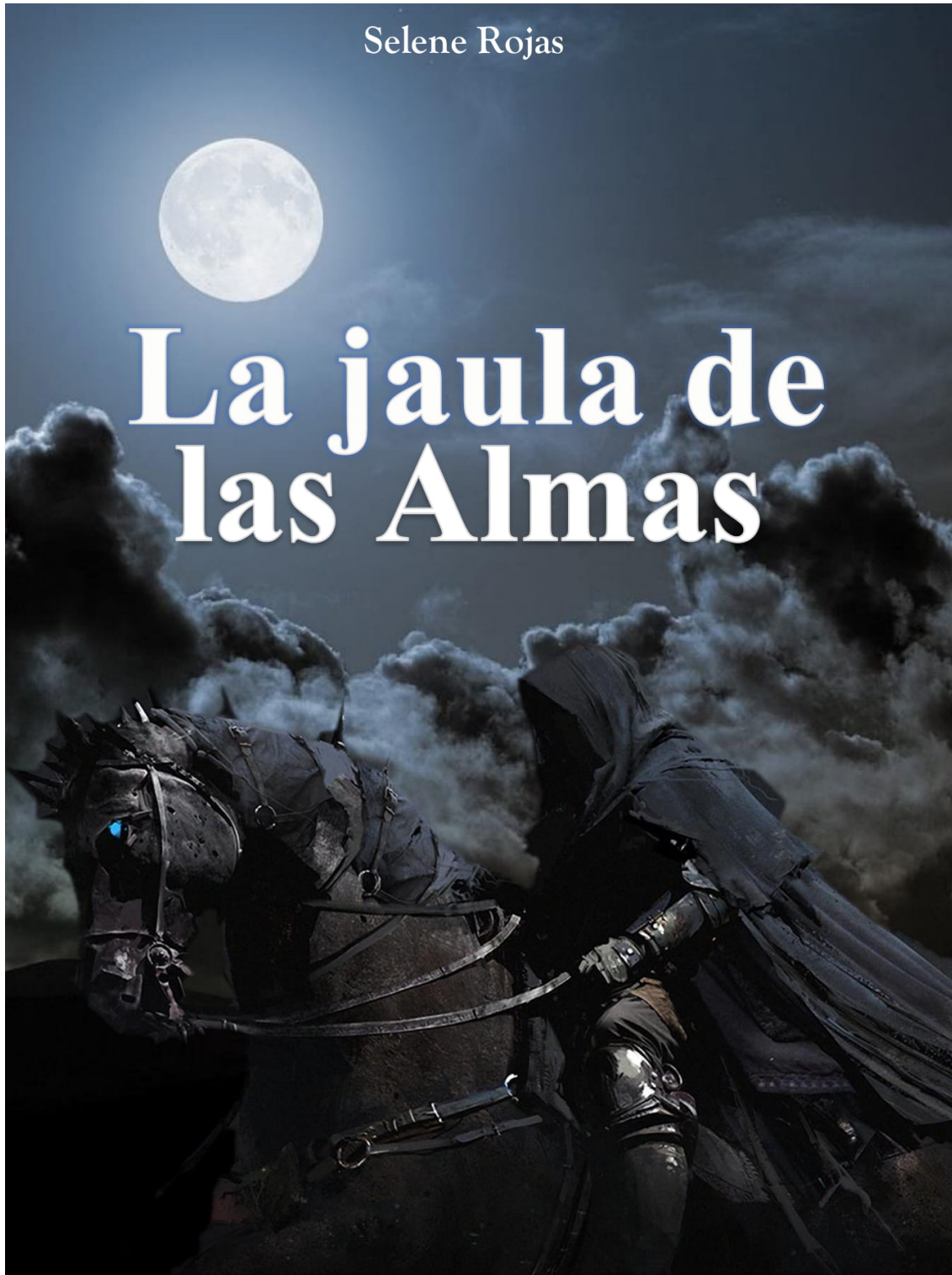


La jaula de las Almas

Serena Arci

Selene Rojas



Capítulo 1

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

—¿Por qué tengo frío? ¿Por qué esta tan oscuro?

Una pequeña niña de seis años yacía tendida sobre el suelo de la sala que se percibía en penumbra y soledad.

—Papito... Mamita. —llamó a sus progenitores, pero estos no atendieron su llamado. De inmediato se puso en pie, se alisó el vestido, se quitó un poco de migajas de pan que se descubría sobre su cabellera para dirigirse al apagador. En cuanto apretó el botón este emitió un pequeño sonido chispeante sin producir aquella luz cálida. Y mientras pensaba qué era lo que ocurría se cuestionó... <<*¿Por qué papá no vino por mi...?*>>

La pequeña en esas últimas noches se hacía la dormida en la sala y sobre la cálida alfombra afelpada de mamá mientras miraba el televisor. Estando en aquel lugar y en cuanto escuchó el rechinado de la puerta principal abrir, y contemplar a su querido padre que atravesar por ella, se hizo nuevamente la dormida. El señor Malory había doblado turno todo ese fin de semana y había ingresado a su hogar después de media noche. Cuando este posó la mirada a su derecha percibió la oscuridad de la habitación y la luz titilante del televisor tambalear. Meneó la cabeza incrédulo y se condujo al sitio para apagar el aparato. Enseguida notó que la pequeña Caty yacía dormida en la alfombra y este reposaba como un pequeño ángel del cielo.

Una pequeña sonrisa se desdibujó en su rostro al contemplarla ahí, y de inmediato se acercó a ella para cogerla en brazos. En cuanto la tomó y se encaminó con ella por las escaleras, la pequeña niña abrió los ojos y expresó:

—¡Papito... ya llegaste!

—Sí, mi cielo. Ya llegué.

—¿Por qué no cenaste con nosotros, papito? El día de hoy mamá estuvo muy molesta conmigo y no me ofreció un pedazo de pay que hizo para la cena.

—Cariñito, tenía que trabajar, y el día de hoy me fue imposible salir a mi hora.

—Si tú hubieses estado aquí hace un momento, papito, mi mamita me hubiese dado un cachito de ese pay que olía tan delicioso.

—Lo sé, mi cielo, lo sé. Pero te prometo que le diré a tu madre que en cuanto amanezca te dé un poco de pay para la merienda, ¿te parece bien?

—Está bien.

La pequeña Caty se abrazó al cuello de su padre y con una sonrisa en la boca se alegró de ello. Su madre no le había obsequiado un pedacito de ese delicioso manjar, porque había hecho la travesura de segar los bigotes del gato y esconderlos debajo de su cama. Cuando la madre se enteró del hecho, por parte de su hijo el mayor la reprendió.

—¡Caty, por Dios!, ¿qué has hecho?

—¡Nada, mamita!

—¿Cómo que nada? Has mirado a ese pequeño animal andar por la sala a tuestas, no puede ni siquiera mantenerse en pie el pobre. Dime, ¿por qué lo has hecho?

—Yo..., yo solo quería mirar con sus ojos.

—¿Con sus ojos?

—Sí. Luis me dijo que el gato ve todo aquello que esconde mi ojo, y yo quería saber qué es lo que ve Mishi que yo no.

—Caty, por favor. ¿Cómo puedes creer en semejante barbaridad? Luis solo repite lo que la abuela Ana cree saber y no me agrada para nada que escuches aquellas patrañas.

—Pero la abuela Ana dice que es verdad, y Luis me dijo que es cierto.

—¡Ay, Caty! —bufó—. La abuela Ana vive en un mundo irreal y no debes de creerle nada, ni a ella, ni a tu hermano. Esas son puras

mentiras que dicen solo para engañarte y distraerte de la verdad.

—Pero, mamita...

—Nada de pero... Hazme caso, no quiero verte por ahí fingiendo ver cosas inanimadas o inexistentes, no quiero que te traten como otra loca más de la familia. ¿Has escuchado?

—Sí, te he escuchado.

Aquella noche esperó a su padre en la sala y solo para hacerle mención de lo ocurrido. Mas prefirió omitir el detalle de los bigotes del gato solo para poder comer un pedazo de ese succulento manjar. Sabía que si esperaba a su querido padre, este persuadiría a Madeleine de lo contrario.

Era la tercera velada en la que Caty había aguardado por su progenitor en la alfombra de la sala y Solo lo hacía por que le había agradado que la levantara de ella para llevarla consigo en brazos hacia su habitación. Esa noche, cuando sintió el frío, abrió los ojos solo para darse cuenta de que la habitación seguía en completa oscuridad.

Cuando recapituló en el hecho, pensó: <<¿Acaso se olvidó de mí? ¿Acaso no se dio cuenta de que estaba esperando por él?>> Comenzó a sentir el gélido aire del ambiente y trató de cubrirse con sus brazos. De repente, un quejido a lo lejos se fue escuchando. —<<¿Qué es eso?>> —pensó. Pero este lamento cada vez se hacía más fuerte y más tético. La niña que nunca había escuchado algo así agudizó el oído y solo para tratar de descifrarlo. De repente, los vellos de su brazo comenzaron a ponerse en punta, un escalofrío la invadió por completo mientras escuchaba el maullido del perro en el patio frontal de la casa. Con decisión tomó el picaporte de la puerta y lo giró. En cuanto abrió la puerta contempló al animal que se apreciaba escudriñando y olfateando por debajo del zaguán.

—¿Qué tienes, Sargento?, ¿qué te sucede, por qué chillas así? ¿También lo oíste?

El perro giró por un momento para mirarla con aquellos ojos rojos. En cuanto volvió a escuchar un rechinado por la misma, dejó de mirar a su ama para tratar de averiguar por debajo del zaguán qué era aquello que se acercaba. La niña no apartó la mirada del animal y se acercó a él.

—Ya, Sargento. Quieto. No pasa nada, no hay por qué temer.

Pero el animal no tomó en cuenta sus palabras y enseguida comenzó a rasguñar la puerta principal. Al parecer había algo que lo perturbaba del otro lado. La pequeña Caty trató de apartar al perro de la puerta, pero

como no logró moverlo trajo consigo un banquito y lo colocó muy cerca de ella.

—Venga, Sargento, apártate. Quiero ver eso que tanto te altera. —El perro se alejó, no porque se lo ordenó su pequeña ama, sino porque algo al fondo del zaguán llamó su atención. Caty, notó cómo el perro se alejaba hacia la esquina del zaguán, miró como este empezaba a maullar y lo contempló asombrada. De repente un lamento tan desolador se escuchó por la calle, y enseguida un sinfín de maullidos de perros se advirtió a lo lejos.

Caty subió al banquito, tomó la manija de la puerta y con suavidad la jaló para que esta se abriera. En cuanto lo logró, bajó del banquillo y abrió la puerta.

Primera parte

Al abrirla descubrió infinidad de personas de diferente tamaño arrastrarse sobre el pavimento frío. Lo primero que hizo fue abrir con estupor sus ojos, ya que aquello parecía sacado de una película de terror.

La piel de las personas era transparente, sus ojos se veían hundidos en dolor y pena, las uñas que portaban eran largas y retorcidas, y el cabello de la mayoría se apreciaba enmarañado y desecho. Al frente de la calle sobre la otra acera, se apreciaba a un pequeño joven sin manos, sin piernas y sin boca. En frente del mismo, la silueta de una mujer todavía más aterradora sujetaba su vientre y se quejaba de dolor.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hice? —exclamó hacia la nada aquella mujer—. ¡No! ¡Aléjense de mí! ¡Aléjense...! ¡Yo no quería, no quería...!

Caty se sorprendió, pues el cuerpo de la mujer se percibía casi transparente que podía revelar con total claridad el muro de enfrente.

—¡Ayuda, ayuda... ayúdenme! —Gritaba otro que se venía arrastrando por la calle. —Ya viene, ya viene. ¡Vienen a llevarme...!

Aquella persona de silueta voluminosa gritaba con desesperación y hacía sonar su voz sofocante. Caty sintió pena por aquel hombre, porque por más que intentaba levantarse del suelo este se hacía lodoso y se hundía más en él.

—¡Ayúdame, ayúdame pequeña! —Llamó otro—. ¡Ya viene, ya viene! ¡Viene por mí, solo por mí!

De la obscuridad de la noche y del cuerpo putrefacto de un hombre alto y delgado, una voz quebada sonó. Caty lo miró y trató de hallar dentro de sus cavidades oculares aquellos ojos brillantes que se descubría

en la mayoría de la gente, sin embargo, en aquel cuerpo solo se podía hallar una absoluta oscuridad. Aquella alma se aproximó a la puerta y cogió desesperadamente su pie. Caty lo contempló y sintió el frío de sus dedos huesudos y angustiosos aferrándose a su tobillo.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Por favor, pequeña, ten piedad.

—Lo siento, señor... pero no sé cómo.

—Piedad, piedad, mi niña. —Clamó de nuevo.

Catý se apiadó del pobre hombre y trató de cogerlo por la mano para conducirlo al interior de su hogar. Sin embargo, cuando trató de tomarlo este se deslizó sobre sus dedos impidiendo que lo sujetase. De repente, el sonido de un látigo se hizo presente.

—¡A callar, animal! Ella no podrá ayudarte.

Catý, sintió terror al verlo. La silueta de una bestia aterradora y en forma de simio con ojos llameantes, dientes afilados, labios resecaos y de garras largas se apreciaba golpeando aquel ser.

—Ella no podrá ayudarte. Pues nos perteneces... Tú nos perteneces.
—Y comenzó a reír como si le alegrara en su interior su sufrimiento.

Con estupor Catý contempló que, desde el suelo, sombras tridimensionales estiraban sus garras para sostener y arañar a todos aquellos seres que se percibían por la calle. Catý quiso correr, pero la mano gélida de aquel hombre se lo impidió.

—¡Ayuda, ayúdame, pequeña!

Enseguida la bestia soltó cuatro fuertes latigazos en los brazos de aquella alma perdida y solo para que este soltara a la niña, sin embargo, este ser se aferró con todo el deseo y desesperación a la pequeña. Al acto aquel ser tenebroso toca su pecho, y rasgando su carne logra introducir su mano en su interior para extraer un hacha medieval. Lanza un primer golpe en el brazo de aquel hombre y de tajo corta su miembro. Aquel ser lanza un grito atroz y contempla como de su muñeca brota un líquido transparente que simula ser sangre. Catý mira que la mano sigue aferrada a su pie, y mientras la contempla aquel miembro se va desvaneciendo ante su mirar. En cuanto regresa su mirada observa como aquel demonio muestra una sonrisa maquiavélica mientras hace su cabeza de lado. Sin esperar, el demonio toma el cuerpo del hombre y lo arrastra hacia la oscuridad de la calle. Catý vislumbra el hecho y ve cómo se va desvaneciendo entre la oscuridad.

La pequeña comienza a sentir angustia en el alma pues le duele tanto ver a la gente así. Seguía divisando a la multitud a su alrededor, cuando, de repente, la luz del alumbrado de la calle comienza a desvanecerse. Solo algunas cuantas lámparas quedan encendidas y de inmediato y a lo lejos se deja ver una inmensa jaula de hierro con una pequeña flama en su interior. Las pobres personas gritan de desesperación al ver que la jaula se aproxima. Esta, viene tirada por demonios que son mitad hombre y mitad bestia, las ropas que lucen son andrajosas y se contempla que en cuanto su planta del pie toca el suelo un fuego abrazador envuelve sus miembros. Un jinete viene al frente de ella, y su corcel luce horripilante, ya que, de los ojos del animal, llamas en un tono amarillo se perciben desembocar, la piel luce mutilada y maltratada, no poseen pelo, y el hierro en su cabeza en forma de picos simula ser todo aquel cabello que tendría que ser. Unas bestias aladas vuelan por los aires arrojando lo que podría ser piedras llameantes. Algunos son grandes y otros pequeños. Sobre su frente se vislumbra una pequeña llama en tono rojo, sus ojos son completamente negros y sus extremidades son demasiado largas y esqueléticas.

Caty descubre como estos caen en picada en cuanto la piedra llameante toca el cuerpo de algún alma y esta comienza a incendiarse. Mira como entre tres demonios logran sacar el cuerpo del hombre obeso del fango para dirigirlo hacia a la jaula. Un pequeño simio que se encuentra colgando de ella, lanza una patada en cuanto ve que se acerca, y mientras sus compañeros le chillan este sonrío a carcajadas y abre la jaula. Enseguida logran meter en ella a su captor y contemplan cómo este comienza a incendiarse y gritar de desesperación.

El corazón de Caty comienza a latir con rapidez. Al parecer los demonios la ven, pero no pueden tocarla ni hacerle nada. Y aunque la miran al pasar sonrían para sí cuando logran provocar daño en aquellos seres.

De inmediato se escucha un gran rugido diabólico desde el aire, y todas las almas y demonios sucumben a ella. Y mientras aquellas almas tratan con desesperación de correr, los demonios se apresuran a tomarlas, pues al parecer algo más aterrador que ellos está por venir. Caty siente un aire gélido sobre su piel, y en cuanto gira la cabeza logra descubrir que, desde la esquina de su calle, un ser enorme de más de tres pisos de altura se viene aproximando... Caty, por primera vez en su vida, conoce lo que en verdad es el miedo. No espera más y cierra la puerta del zaguán. Da pasos hacia atrás, y sin dejar de ver sobre el mismo portón, logra divisar la punta de la enorme jaula. Al fondo de la casa contigua y hacia su derecha, se percibe el enorme ser que se viene encaminando. Sargento mete la cola entre sus piernas, se acerca a su ama y comienza a chillar. Caty toma a el perro y lo conduce dentro de la casa, cierra la puerta con suavidad mientras que el animal se esconde en la cocina. La niña se sienta en la sala contemplando en todo momento la ventana que

deja percibir sobre las cortinas transparentes el portón de su casa, y a lo lejos, la silueta de aquel enorme ser. Mira como este avanza con dificultad, pues es tan enorme y gordo que no puede caber por ella. Contempla estupefacta cómo aquel ser incauta por el aire a un demonio alado y de un bocado le arranca la cabeza para triturarla entre sus enormes fauces. Al instante el chillido de los demonios alados a su alrededor se escucha, y aquel ser ruga sobre ellos y prosigue con su andar. Poco tiempo después el alumbrado de la calle toma color y la tranquilidad vuelve a ella.

Caty se queda callada y estática sobre el banquillo en el que descansa. Comienza a pensar que es probable que se deba a los bigotes del gato. Sin basilar, mete la mano en su bolsillo derecho y saca el mechón de bigotes que tiene atado con un pedazo de cordón. Mientras lo contempla, la voz del padre se escucha.

—Caty hija. ¿Aún sigues aquí?

La pequeña gira el rostro para mirar a su padre, pero no responde a su pregunta así que el padre toma a Caty en brazos y la eleva.

—Ven, pequeña, te llevaré a tu habitación.

La pequeña se abraza a su padre por el cuello y mientras este va ascendiendo por las escaleras contempla el mechón de bigotes que porta en la mano. De inmediato lo deja caer al suelo y se abraza fuertemente a él.

La niña después de aquello se mostraba diferente y hasta distraída, y con el paso del tiempo Madelaine nota que su hija está más distante que nunca. Mira hacia la nada y contemplaba con seriedad a los gatos cuando se le acercan. Cuando cruza el auto por el panteón donde está enterrado su abuelo, lo miraba con temor.

Una tarde venía con su familia en el auto y este pasó justo a un costado del panteón. De súbito se hace pequeña y mete sus pies por debajo del asiento en donde suele sentarse su madre. Su padre que se dio cuenta de ello la mira por el retrovisor y cuestiona.

—¿De quién te escondes, hija?

Caty mantiene su cara cubierta con las manos y pegada al asiento.

—De la gente.

—¿De la gente...?¿Por qué?

—Porque no quiero que me vean y me pidan ayuda.

—¿Y por qué han de pedirte ayuda?

—Quieren que las ayude a no quemarse.

—¿A no quemarse?

—Sí. Las pobres se queman y les duele mucho.

—Pero, querida, la gente no se puede quemar.

—Ellos sí, papito.

—¿Y quienes son ellos?

Caty se eleva y con temor señala hacia el panteón. El padre asombrado la mira por el retrovisor.

—Caty, cariño. Los muertos no se queman. Ellos están con Dios. Por eso están enterrados allí, como tu abuelo.

—No papito, no todos están con Diosito... muchos quieren escapar de los monstruos.

—¿Cuáles monstruos...? —cuestionó de inmediato—. No existe tal cosa, cariño.

—Sí, papito, si existe.

—Mi vida, creo que tanto ver películas de terror con tu hermano te ha afectado demasiado, por eso crees esas cosas.

La niña volvió a tomar asiento y dejó de mirar por la ventana. No replicó a su padre quien había creído que estaba mintiendo. Al instante lleva la mano al pecho para apretar entre sus dedos el cristo que cuelga de su cuello y que, mamá Ana le había obsequiado en su cumpleaños después de escuchar de vos de su nietecita un suplicio al niño Dios.

Aun así, y hasta su muerte, siguió siendo el ojo observador de la desgracia.